

Angel del Apocalipsis

Son las primeras horas de la noche.

Noche limpia, estrellada, suave, no muy primaveral, en cuyas calendas —mediados de abril— vamos contando el año de la Encarnación del Señor de MCMLVII y del Nacimiento de MCMLVIII.

Por la plazuela y calleja posterior de la Lonja semi tranquila, comentan tres jóvenes.

Y decimos semi tranquila en cuanto se llega en eco rodado el parlamento-clamor del alledaño Altar del Mercat cuyo “miracle” representase en estos instantes.

La intimidad del ambiente cobra en tal histórico paraje, vida.

Piedras sillares del antiguo muro que cerrara la ciudad, ermitorio de San Juan de la Boatella, encajes pétreos de la Lonja de Mercaderes, plazuela de “les Panses”...

Todo rezuma historia en su conversación.

Y se entremezclaba en instantes de corta pausa, la potente voz de estos personajes infantiles, renovando las predicaciones y milagros de Fray Vicente Ferrer...

* * *

—Aquí precisamente afincábase la Lonja del Aceite cuya figura del Engonari venía a situarse en esta misma altura.

—Sí —replica Francisco José— quedaba más atrás, pero aquí precisamente alzábase el murallón que cercaba la ciudad árabe defendiéndola del, quiérase o no, río, porque yo he leído no ha mucho en un librejo que comenta como “Inter laeva moenium et dextrum flumen Turiam puod Valentiam parvo”..., más claro, traducido dice: “que el río Turia corre con pequeño intervalo —o anchura, quizá refiriéndose a esta rambla del Mercado— junto a Valencia”, (1) entendiendo la posición de nuestra primitiva ciudad de cuyo reducido espacio habitable llegara desde la actual capilla de la Virgen, casa de la Ciudad, Reloj Viejo, Correjería, Puñalería, y de aquí partía saliente hacia la esquina de la calle del Mar, aproximadamente la Cárcel de San Vicente por Avellanas, Milagro, Baños del Almirante. recto a San Esteban o Ntra. Sra. de las Virtudes, como mejor os parezca, y por Almudín al punto de partida suponiendo el más elevado terreno paréceme que, escarmentados por algunas avenidas, quedaban más apartados del propiamente dicho río a mi entender por aquí mismo —y señalaba el Mercado—, már tarde la ermita de San Juan de la Boatella erigíase al otro lado, al margen opuesto de dicho cauce rodeada de ya poblado núcleo si bien a levante verdean campos y arboledas que llegan hasta cerca de

la sinuante hondonada, camino de encontrarse más allá del por los siglos cenobio franciscano y a la sazón ruzafa o jardín de los reyezuelos árabes con el otro remanso fluvial.

—Sí —arguye Juan Luis—, parece esto más razonable, ya que Avieno afirma “que ligeramente la rasguña...”, esto es, la baña, y con esto descartado queda no es por aquí, sino allá, trozo bastante separado de la *Valentia Edetanorum*.

—Mira, si tu hubieses leído la “Donació de D. Jaime”, signada en el lugar del Puig un año antes de conquistada Valencia te enterarías de cuanto se repartiría con su exacta denominación que ya tendría de antaño.

—Las razones son admisibles...

—Oye, pues. El rey decreta, para los ochocientos soldados de Terhuel y Aldeas “150 jovates a flumin Guadalaviar super Roteris juxta Valentiam usque ad termiun de Quart el illum Barrium ad opus domorum qui est in Civitate el incipit ab Alcántara usque ad Portam de Bebal-haix (2).

—Bien... pero esto nos viene a confirmar la de fábulas inspiradas por el pueblo —deformada historia pero esencial fondo histórico— de que si el Dragón conservado en el zaguán del Colegio del Patriarca fuere cazado aquí, cuya cabeza parece indicarlo esculpida en piedra centrando la fachada principal de la Lonja que si “per el siti del actual Mercat plé de canyars discurría ramalet que separa el paretot amurallat del ermitori de San Juan de la Boatella.

—¡Alto ahí! —señala Manuel Salvador—. Vosotros habréis oído nombrar a Esclapés. Bien, pues, él afirma también “el Turia cercava la ciutat i els romans el desviaren”... ¡qué os parece!

—Yo no creo en fábulas sin fundamento, algunas destruidas con fidedignos instrumentos como dice el P. Teixidor, pero a veces...

—De todos modos —insiste Juan Luis— siempre fue su madre el curso actual y para mi entender único discurrir, ya que así parece que el Señor lo dispuso.

El más mayor de los tres queda ahora como esperando esa noticia que conoce, más la imaginación, a memoria, le niega.

—Además —dice ahora Manuel Salvador que, junto con Francisco José, sostiene la teoría bien fundamentada de la posibilidad de un barrancuelo, escorrentía o aliviadero del ya escaso caudal del Guadalaviar al llegar aquí era el curso actual —Peñero Antón Beuter, en su libro 1.º págs. 17 y 97, y así veréis lo estudiado y conocido que lo tengo, afirma, “antiguamente el río Turia corría por la Plaza que es ahora (sic) Mercado”...

Seguía la conversación, amable, sin estridencias fanáticas, afincándose la creencia de este cauce o como quisiera apellidarsele pasaba por aquí.

Las voces de los chiquillos del "milacre" eran alegre diálogo en la noche fresca, con aromas aún de humedad.

Queda ese inconfundible hedor mezcla del barro ya convertido en negruzca masa y el inevitable aroma del cercano ámbito donde se comercia y exhibe el pescado...

Están ahora bajo la alba lápida, permanencia vital del actual 23 de mayo de hace ciento cincuenta años.

Resuena el clamor de la voz, ya en parte afónica, de los personajillos del "milacre".

Son cerca de medianoche. Pesado a intervalos es el silencio.

Ahora las campanadas de nuestra torre mayor entremézclanse con sin par armonía con el lejano carrillón municipal.

Acállase la palabra al oírse sus amables sonos...

—¡Bello motivo orquestal! —opina alguien de los tres adelantándose a idéntico sentir ante sus ensimismados compañeros.

Juan Luis parece buscar. Su mirada deslízase, al parecer infructuosa, ante una línea rojiza, espesa, horizontal, de sus tres palmos de elevación sobre el nivel de la acera, apagado a lo largo de todo el muro, ora argamasa, ora piedra sillar de esta nobilísima mole de la Lonja de Mercaderes.

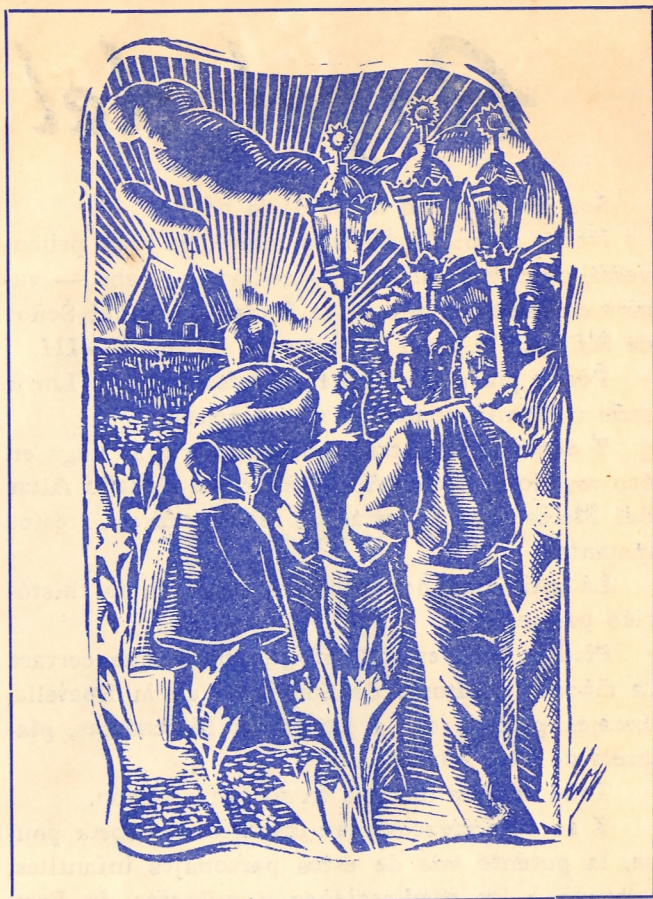
—¡Hasta aquí llegó la avenida!

—Parece increíble cómo penetrara hasta tales lugares.

—Resabios de tiempos remotos pero ciertos, verídicos.

—No hay duda —añadieron al unísono Francisco José y Manuel Salvador— y es bastante confuso todo ello, mas...

—Ya —sigue expresándose este último— en las crónicas del tiempo de la Conquista vemos, ¡claro es!, leyendo estos documentos irrefutables, como la puerta de Alcántara, cuya voz en arábigo es sinónimo de puente, señala su emplazamiento por la callejuela de Caldereros, allá al Tros-Alt, lugar ahondado continuación de la calle Baja del Alfonso, quebradura de la de Caballeros antes de remontarse hacia las Torres de Quart. Yo veo aún allí, repetida por la gran avalancha de agua que llegara por Bolsería al Mercado, restablecido el pristino alveo del casi siempre bonacible Turia. Veo, repito, la ciudad amurallada y enfrente a la puerta levadiza sobre el valladar defensivo —y ofensivo— continuando bajo el arco de piedra este puentecillo, acoger también el canalillo, servicio de los cercanos tintes y antes fuera de los molinos, aún visibles y situados en la casa ángulo tajar de las calles Alta y Baja y ya en la entrada de Mosen Sorell y San Miguel, cuya existencia —la de dicha vía fluvial o acuática solamente o por separado— es re-



gistrada en el dietario del platero Antonio Suárez Noguera, signado en 1770. En estos escritos registrase como al descubierto transcurre acequia que, tras haber ocasionado algún percance, obligase a tapiarla.

—Sí. Tienes razón —dice Juan Luis—, mas vi- niera primitivamente o no...

—Ni viéndolo casi pudiera creerse lo ocurrido cuando, no en las tinieblas nocturnas de la primera avenida, sino en plena tarde entre la incrédula extrañeza de cuantos la presenciamos. Venía sin prisas ni pausas rojiza masa espesa, cargada de naturaleza, de campos, rudo volcarse hacia la ciudad.

“Timete Deum. Açò és per penitència, car deus los provocar a fer penitència de sos pecats”.

Y la voz parecía filtrarse por todos los ángulos de la plazuela.

Vibraba en la soledad augusta de la noche la palabra del Santo.

“Donchs, bona gent, apparellau-vos... Los superbi- bious que s’humillen, los avars que restituesquen”...

Guardaban silencio los tres.

Recordaban la tragedia vivida.

Las palabras se clavaban en el corazón cual finas saetas dirigidas a todos.

A cuántos por sus culpas eran más afectados por la hecatombe.

“Ara, ¿voleu saber perquè Jesuchrist volguè sostenir tanta pobresa?”

Quan alguna persona ha tenguda mala vida contra Déu e contra lo próisme e contra la sua ànima, es restituir los torts: e com? Si es stat superbiòs

satisfet a Déu ab humil oració pensant, si es stat luxuriós, affició e castedat; a gola, dejuni e abstinència..."

Y seguía y seguía contra esos modos de vestir, de hablar diversas lenguas, y de los menos "*Aquesta que yo vos parle que me enseñara ma mare...*"

Parecía actualísimo aquel parlamento comparando los bienes que aun se conservan en los pueblecillos, en los campos, en los caseríos, tales como el bien obrar, el ser modestos, nobles, sencillos, viviendo solo y unicamente que para el trabajo como expresamente lo exigiera el Señor...

Como final sacaba la moraleja: Todo el mal se ha afincado en la ciudad y en proporción bien poquísimo ha producido en las huertas, en los caseríos sanos y dignos...

Aquí donde prevalece el materialismo, al menos aparentemente, aquí ha descargado el Señor su diestra justiciera.

"Co que fahya o dehye tal o fahye per honor de Déu. (3)

E veus lo sermò complit: Deo gracias."

Terminaba el "milacre". Resonaba sobre todos aquel imborrable recuerdo de los días aciagos de la catástrofe.

Y un escalofrío hacía revivirse las jornadas aquellas.

Sin luz, sin agua potable, sin pan. Esperando quizá una epidemia.

Nuestra devoción al Santo nos libró de más mal.

¡Tengamos temor de Dios!

F. LLOP LLUCH

(1) Prisciano, L. V., col. 641, Lib. VI, col. 680. Historias Perdidas Salustio.

(2) Real Registre. Donations Valentie et ejus termine facte a Dómino Rege sub era 1275 ann. 1237 ad Podium de Cebo-lla (Puig).

(3) Sermons. Vol. I y II. San Vicente Ferrer. Editorial Barcino. 1934.

L'ALTAR DEL MERCAT



ANY II

VALENCIA, ABRIL 1958

NUM. 49